



LA BARRERA DEL SONIDO

En 1947 algunos investigadores aseguraban disponer de datos científicos seguros por los que la barrera de la velocidad del sonido debía ser impenetrable. Otros decían que, cuando el avión alcanzara la velocidad Mach 1, sufriría un tremendo impacto en su fuselaje y explotaría. Tampoco faltaron en medio de aquel debate quienes aventuraron posibles saltos hacia atrás en el tiempo y otros efectos sorprendentes e impredecibles.

El caso es que un día de octubre de 1947, Chuck Yeager alcanzó la velocidad de 1.126 kilómetros por hora (Mach 1.06). Para los que aún dudaban tres semanas después alcanzó Mach 1.35, y seis años más tarde llegó hasta Mach 2.44.

En su autobiografía, Yeager dejó escrito: «Aquel día de 1947, cuanto más rápido iba, más suave se hacía el vuelo. Cuando el indicador señalaba Mach 0.965, la aguja comenzó a vibrar, y poco después saltó en la escala por encima de Mach 1. ¡Creí que estaba viendo visiones! Me encontraba volando a una velocidad supersónica y aquello iba tan suave que mi abuela hubiese podido ir montada allá atrás tomándose una limonada. Fue entonces cuando comprendí que la verdadera barrera no estaba en el sonido, sino en nuestra cabeza, en nuestro modo de plantear las cosas».

En nuestra vida diaria puede sucedernos a veces algo parecido. Tenemos planteadas en la cabeza muchas barreras a nuestra mejora personal, y nos parece que superarlas es algo imposible, o al menos que nos supondrían un esfuerzo tremendo o nos amargaría la existencia.

Sin embargo, superar la barrera de nuestros defectos o nuestras limitaciones es algo que, sin ser fácil -como no lo fue superar aquella barrera del sonido-, no es tampoco tan difícil. Y sobre todo, que, cuando lo logramos, es probable que, como sucedió a Yeager aquel histórico día, nos encontremos con una nueva dimensión de la vida, quizá desconocida hasta entonces para nosotros, y que resulta mucho más satisfactoria y gratificante de lo que podíamos imaginar.

El camino de la virtud y de los valores es un camino que permanece oculto para muchas personas, que lo ven como algo frío, aburrido o triste, cuando, en realidad, se trata de un camino alegre, interesante, incluso seductor. Aquel famoso debate de hace más de cincuenta años se repite con frecuencia en la vida diaria de muchas personas. Quizá lo mejor, en este caso, sea abandonar el fatalismo y atravesar esa barrera y ver qué sucede. **(A.A.)**

EL CAMINO DEL SILENCIO

El silencio es el camino que conduce a conocerse a uno mismo y a descubrir la verdad del corazón. Es también el camino para verse libre de la tentación de estar siempre juzgando y emitiendo juicios condenatorios. Vivimos en constante peligro de evaluar, tasar y juzgar a cada persona que encontramos. Y con frecuencia vamos más allá, hasta emitir sobre ella un juicio de condena. El silencio nos tapa la boca para no juzgar, nos confronta con nuestra verdad y nos frena en el intento de proyectar sobre otros nuestras sombras y defectos.

A. G.

CECILIA

Esta santa vivió en la época de los primeros cristianos. Pertenecía a una familia noble romana y recibió una buena educación. Pero a pesar de los privilegios que tenía, se dice que solía llevar un vestido de tela muy áspera bajo la túnica propia de su dignidad y ayunaba varios días por semana, ya que se había consagrado a Dios.

Cuenta la tradición que Cecilia no tenía intención de casarse, pero su padre, que veía las cosas de un modo diferente, decidió desposarla con un joven llamado Valeriano. El día de la celebración de la boda, mientras los músicos tocaban y los invitados se divertían, Cecilia se sentó en un rincón apartado para cantarle a Dios con su corazón y pedirle que la ayudase. Cuando los jóvenes esposos se retiraron a su alcoba, Cecilia le dijo dulcemente a su novio: "Tengo que decirte un secreto. Has de saber que un ángel del Señor vela por mí. Si me respetas, él ángel te amará como me ama a mí." Valeriano replicó: "Muéstramelo. Si es realmente un ángel de Dios haré lo que pides." Cecilia dijo: "Si crees en el Dios vivo y verdadero y recibes el agua del bautismo, verás al ángel." Valeriano aceptó y fue a bautizarse. Cuando regresó a donde estaba Cecilia, vio a un ángel de pie junto a ella. El ángel colocó sobre la cabeza de ambos una guirnalda de rosas y lirios. Ambos morirían mártires.

Santa Cecilia es la patrona de la música y de los músicos. Durante la Edad Media siempre se la representaba con instrumentos en manuscritos y cuadros. ¿Por qué no tratas de aprender a tocar algún instrumento? La música puede darte paz y alegría y es una excelente manera de acercarte a los demás y rezarle a Dios. No olvides que el que canta reza dos veces.

UN CASO DE SUGESTION

El padre Pío estaba acostumbrado a que algunos visitantes -especialmente los "intelectuales" y los científicos- intentaran explicar el milagroso fenómeno de sus estigmas con explicaciones naturales: sugestión, histeria, fijaciones, obsesiones... y toda suerte de fenómenos patológicos anormales.

Una vez, un joven médico, creyendo que realizaba quién sabe qué gran descubrimiento, se presentó ante el capuchino diciendo con toda seguridad: «Yo no creo en los estigmas; le han salido porque usted pensaba con demasiada fijación en las llagas de Cristo».

Al oír una vez más aquella teoría, el capuchino sacó a relucir esa punta de malicia que a veces tenía su sentido del humor, y respondió sonriendo: «¡Claro, hijo mío!: piensa fijamente en un buey y verás que te saldrán los cuernos».

UN PRIVILEGIO NUNCA SOLICITADO

Cuando Clara de Asís conoció a san Francisco, decidió seguir su programa de vida, así que huyó de su castillo abandonando todas sus riquezas y vistiéndose con un tosco sayo. A pesar de la cólera de su familia, se salió con la suya, y después la siguieron además, su hermana Inés y otras damas.

Imitó en todo a Francisco. Fundó la orden de las Clarisas, de la que fue superiora durante 42 años. A quien intentaba alejarla de aquella vida tan austera, le decía: «Dejadnos la alegría de nuestra pobreza».

Cuando Clara pidió al Papa Inocencio III el «privilegio de la pobreza», éste, leyendo la extraña súplica, exclamó: «Este es un privilegio nunca antes solicitado a la Sede Romana». Y escribió de su puño y letra las primeras palabras del documento en el que le daba su aprobación».

SOLO QUISE SER IUN CURA RURAL»

Las sucesivas etapas de la vida de Juan XXIII, hasta llegar a la cátedra de Pedro, vinieron siempre contra su voluntad. Él no buscó ser secretario del obispo de Bér-gamo, Radini, ni marchar a Bulgaria y Turquía, ni ser nuncio en París, ni patriarca de Venecia, ni ser Papa. Él sólo había tenido un deseo en toda su vida, un sueño que jamás pudo realizar. "Yo sólo quise ser un cura rural. Dios nunca lo permitió", dijo muchas veces durante su vida. Sin embargo, el haber ido en la vida siempre a la contra de sus deseos no le impidió, sino que le ayudó a ser el buen papa Juan. Secretos de Dios...

Produce una inmensa tristeza pensar que la naturaleza habla de Dios, mientras el género humano no escucha.

V.H.

**Produce una inmensa tristeza pensar que la naturaleza habla de Dios,
mientras el género humano no escucha.**

V.H.

EL SUFRIMIENTO, ESCUELA DE SABIDURIA

Siempre fue el sufrimiento escuela de sabiduría, medio para profundizar en la esencia de la persona humana. Pero hoy, se hace más actual, ya que para muchas personas es el único, en esta sociedad del «bienestar», para aclarar su contexto personal.

En la sociedad actual todos quieren mostrarse como ricos, como sanos, todos quieren mostrarse eruditos, con opiniones propias sobre todo; todos quieren aparentar que lo saben todo, que son especialistas en todo. Es una postura clara de la época actual. Cuando la sociedad pasa por una etapa «rica» se da más importancia a lo accidental que a lo sustancial, a lo visible que a lo invisible, a los signos que a los símbolos, a la civilización que a la cultura, a los métodos de enseñanza que a la misma enseñanza, a la erudición que a la sabiduría, a la salud que al sufrimiento.

Pero condición necesaria para alcanzar la auténtica sabiduría será sentir la pobreza psicológica, tener «alma de pobre» a través de sufrimientos morales o físicos. Sólo podrá describir el «ser-creado» quien ha sentido y percibido su extensión existencial, el que haya «saboreado» limitaciones, el que se haya encontrado «cara a cara» con la dimensión de su esencia.

Es cierto que el hombre puede aprender sabiduría en muchas escuelas de educación: profesionales y universitarias. Sólo desde una vocación se puede llegar a la sabiduría. En épocas ricas, aparecen las «profesiones» y la vida se valora desde una economía y «bienestar». Los hombres aspiran al mayor confort en alimentación, en medios de comunicación y en vivienda. Se admira la civilización y la erudición, no la cultura y la sabiduría. Las «vocaciones» que conducen al hombre a la sabiduría, aparecen en épocas de «bien-ser», en épocas de «alma pobre». Se valora al hombre desde su dignidad y esencia. Son épocas de «creatividad, de poesía, de sabiduría y santidad». En estas épocas se acepta el sufrimiento moral o físico, pues se le considera como palestra que hace posible conocer la extensión de nuestro ser.

El sufrimiento va despojando al hombre de todo lo que es externo a él y le va revistiendo de la correcta perspectiva para llegar a la sabiduría. Por una educación intelectual el hombre aprende muchas cosas externas (en la mayoría de los casos) a su persona. Por el sufrimiento, el hombre debe olvidar lo que aprendió por los libros (hipótesis, teorías) para aprender lo que en concreto es el hombre: un ser con estructura sobrenatural.

